

MARTHA CRAVEN NUSSBAUM

*Sin fines de lucro.*

*Por qué la democracia necesita de las humanidades*

Traducción de María Victoria Rodil  
Katz editores  
Madrid, 2010  
199 pp. / ISBN: 978-84-929-4617-4

Dra. Dora Elvira GARCÍA G.  
*Coordinadora de la Cátedra UNESCO sobre Ética y Derechos Humanos*  
*Tecnológico de Monterrey*  
*Ciudad de México, México*  
✉ [dora.garcia@itesm.mx](mailto:dora.garcia@itesm.mx)

Vol. X, n° 16, 2012, 181-185  
Fecha de recepción: 26 de septiembre de 2011

## Las razones de las humanidades

La continua justificación de las humanidades es un imperativo apesadumbrado en los tiempos presentes y no solo en casi todos los espacios universitarios. Esta crisis, que es la más seria que el mundo contemporáneo vive, es lo que Nussbaum ha llamado la crisis silenciosa. La sensatez de Nussbaum nos hace ver que esta crisis da cuenta de la tan relevante ausencia de una formación humanística seria y contundente. Aún a sabiendas que las humanidades han transformado el mundo en el que vivimos y han desempeñado un papel fundamental en el proceso de la formación sociopolítica —a grado tal que han apuntalado el desarrollo de la democratización de algunos países—, la sociedad en general se preocupa de manera

principal en prepararse casi únicamente para una futura prosperidad económica, centrándose en la ambición de tener ingresos. Esto sucede en todos los niveles, desde los individuales hasta los estatales y es una cuestión mundial.

El planeamiento de Nussbaum en forma de reclamo por las humanidades, plantea la necesidad de un bagaje de recursos teóricos que apuntalan los planteamientos que constituyen desafíos, para que "el intelecto se torne activo y competente, dotado de pensamiento crítico para un mundo [que se presenta] complejo" (p.39). Es esa complejidad la que nos exige la existencia de mentes críticas que sepan desbrozar la realidad, para que con su análisis nos ayuden a distinguir las complejidades que hay en la realidad. Así, con los conocimientos aplicados, los estudiantes podrán ser competentes no solo para transformar la realidad, sino también para hacerse cargo de ella de manera responsable. Hoy por hoy la preocupación ética y humanística no se ciñe únicamente a los muros universitarios, aunque dentro de ellos hay una responsabilidad enorme por generar el pensamiento crítico. Instituciones como la UNESCO han evidenciado con toda claridad su honda preocupación por visualizar el mundo desde una perspectiva ética y humanística.

La necesidad de "comprender" en el complejo mundo que vivimos, exige un pensar crítico. Tal comprensión del qué y cómo sucede en nuestro entorno da pie para que busquemos maneras inteligentes de enfrentar y superar los problemas. Por ello es preciso comprender y tener claro que necesitamos —como diría Nussbaum— construir una educación para la democracia —siempre con el componente ético— y no una educación para la renta, entendiendo por esta el modelo que defiende únicamente el crecimiento económico, haciendo caso omiso de las profundas desigualdades en materia de distribución.

El modelo para la democracia busca estrategias más igualitarias para garantizar que la población en su totalidad tenga acceso a la salud y a la educación, que el desarrollo de los aspectos de infraestructura beneficien a todos y que las inversiones se vinculen con la creación de puestos de trabajo para los sectores más pobres.

Pese a que pudiera pensarse que esta postura es idílica, nada más alejado de la realidad. Es una de las apuestas que buscan las Metas del Programa de Desarrollo de la ONU, apuntaladas no solo por filósofos o humanistas, sino también por economistas y por diversos tipos de científicos. La educación en la ética recaerá en la democracia que habrá de alcanzarse mediante el cultivo y desarrollo de la comprensión que significa el entendimiento de lo que se vive y la localización del sentido del mundo que nos rodea. Para ello es preciso pensar, y se requiere de una apertura tal, que de pie a la comprensión de lo humano, con un pensamiento crítico y una imaginación empática con quienes sufren situaciones de injusticia o de pobreza extrema y de aquellos que no han alcanzado el desarrollo humano deseado (desde una perspectiva ética). Esto tiene que ver con la dignidad, dado que la vida dotada de dignidad significa y evidencia tener voz y voto en la elección de las políticas que gobernarán la propia vida (p.47).

Los sujetos morales —nosotros y nuestros estudiantes— nos convertimos en protagonistas de la vida moral en el espacio público, en el proceso de transformación en ciudadanos de la democracia, capaces de llevar a cabo buenas reflexiones

y elecciones sobre diversos temas de relevancia nacional y acciones congruentes con sus pensamientos.

Gandhi pensaba que la lucha por la libertad y la igualdad constituían a la democracia y deberían formarse primeramente como una lucha interna en el fuero íntimo de cada persona —mediante un autoexamen—, al modo de la apuesta socrática. De esa manera, si cada quien hace lo propio, al estar en conjunción y convivencia con los demás, seguramente la sociedad funcionaría mejor. Como defendía Sócrates “una vida no examinada no merece ser vivida”, y en una sociedad que se ha vuelto adepta a la retórica acalorada y exigua de argumentación, necesitamos —nosotros educadores— insistir en la reflexión crítica y argumental. Esta capacidad de argumentar es un valor fundamental para la democracia. Alguien capacitado para seguir los argumentos en lugar de seguir al rebaño es un ser valioso para la democracia. Por ello, la promoción del pensamiento crítico, la habilidad y el coraje de expresarlo —aunque se disienta de los demás— constituyen elementos centrales de la educación.

Nussbaum es insistente en su defensa por una educación innovadora, que se refuerza mediante una cultura humanística al fortalecer las capacidades de la imaginación y la independencia de criterio. Con esto fomenta —a la par— una cultura de la responsabilidad. La capacidad de pensar en lugar del otro nos permite involucrarnos con los demás, entender sus sentimientos, las expectativas y los deseos de ellos. Aquí está el cultivo de la comprensión que permite ver el mundo a través de los ojos de los demás. Esto tiene que ver con el desarrollo de la conciencia ética, ya que ver a los otros nos pone frente a ellos como personas, no como objetos, no intentando controlarlos ni esclavizarlos sino en un espacio en el que estamos con-los-demás, en forma participativa. Así, un interés genuino por las demás personas es detonado mediante esa capacidad de imaginar la experiencia de los demás y con un interés de carácter ético por los otros (p.139).

El cultivo de la comprensión se desarrolla con las humanidades, con toda la carga imaginativa que conllevan al evitar los puntos ciegos, lo cual significa la necesidad de dejar de ignorar a personas o grupos que han de formar parte de nuestras visiones del mundo, dejar de ignorar a los excluidos, a los indígenas, a los pobres, a las mujeres. Con la imaginación “desarrollamos la capacidad plena de percibir el carácter humano en todas las personas evitando los estereotipos denigrantes” (p.145). Tales prejuicios generan dificultades de encuentro entre las personas y llevan a cabo una reproducción de los estigmas sociales y las desigualdades. La acción imaginativa logra pensar en el lugar de los demás y con ello la superación de esas situaciones y puntos ciegos. El criterio para lograrlo ha de ser la idea de igualdad en la dignidad humana.

La necesidad de innovación requiere a la vez una mente flexible, abierta y creativa, capacidades que se inculcan por medio de la imaginación que se enseña en las humanidades y con el pensamiento crítico que se enseña en las materias filosóficas. Hemos de enseñar a pensar para la libertad; de ahí la relevancia de llevar una vida como la defendida por Sócrates en la *Apología*. El peligro de no pensar ayuda a la manipulación y a adherirse a cualquiera de las reglas de conducta

vigentes en una sociedad, como decía Arendt; por ello la proliferación de los grupos pandilla, de todos aquellos que llevan a cabo acciones grupales delincuenciales y corruptas. Aquellos que piensan, ponen resistencia a hacer irreflexivamente lo que no comparten; en ese pensamiento se cuestionan todas las certezas, haciendo imposible para el que piensa estar de acuerdo con la muchedumbre y adoptar opiniones aceptadas generalmente sin escrutinio. El pensar imaginativo y crítico opone resistencia a la masificación y el daño a los demás. Pensar por nosotros mismos y sin prejuicios –como quería Kant– nos proveerá de voz y voto en la deliberación común y nos edificará.

Mantenernos en la pasividad elude nuestras responsabilidades y permite que un Estado burocratizado organice nuestras vidas, soslayando nuestras obligaciones como ciudadanos. Por ello la importancia de impulsar la ciudadanía activa, que ha de venir desde la cuestión ética de hacernos cargo de nuestras acciones o inacciones.

Para Nussbaum, la participación deliberativa de los ciudadanos –basada en marcos éticos– apuntalaría una verdadera democracia al inculcar en sus ciudadanos virtudes sociales tales como:

- La aptitud para reflexionar sobre las cuestiones propias y las políticas que afectan a la nación: analizarlas, examinarlas, argumentarlas y debatirlas.
- La aptitud para reconocer a los otros ciudadanos como personas con los mismos derechos que cada uno de nosotros, aunque sean de diversa raza, religión, género u orientación sexual. Verlos como fines en sí mismos y no como medios o instrumentos para obtener beneficios propios.
- La aptitud de interesarse en la vida de los demás.
- La aptitud para imaginar una variedad de cuestiones complejas que afectan la vida humana en desarrollo
- La aptitud para emitir juicios críticos sobre los dirigentes políticos, desde una perspectiva realista y apreciando las posibilidades de acción que tienen.
- La aptitud para pensar en el bien común de nuestro país, considerado como un todo y no desde la perspectiva de un grupo interesado solo por las relaciones locales (p.49).

Estas metas, por imposibles que nos parezcan, son realizables en la medida en que decidamos lograrlas en conjunto para alcanzar avances en el ámbito de lo humano. Con ello podemos –como educadores– emancipar la inteligencia para que sea –como lo dijo Ortega y Gasset– una energía histórica que logre, por su sensibilización ética, erradicar la miseria, la exclusión, la ignorancia, la injusticia y la inequidad. Habremos de iniciar una ofensiva contra el flagelo, ahí donde se encuentra el problema de fondo, a través de una formación en los conocimientos teóricos y prácticos, porque es en los vicios en los que nuestra convivencia social se ha erigido, los cuales generan una cultura incitadora de la violencia, la marginación y discriminación, la indiferencia y desafección antes apuntadas.

El alcance de los objetivos –puestos como aptitudes– son el andamiaje de las cosas del mundo humano, de la ciudad y nuestro país, para evitar seguir

violentando y amenazando las vidas de las generaciones jóvenes y las que están por venir. Por ello la urgencia de poner manos a la obra, de proyectar desde la ética y no dejar de insistir en la importancia de la formación de los estudiantes, mediante una educación que dará cuenta de este objetivo, al plantear las capacidades fundamentalmente éticas del ser humano y su consecuente valor de elegir, así como la explicitación de la estructura del acto moral, que siempre es correlacional con las demás personas.

El libro *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, es una lectura que seguramente nos ayudará a ser más certeros en el abordaje de las Humanidades, en un mundo tan raquíptico que por ignorancia las desprecia.

Ciudad de México, 26 de septiembre de 2011